



FE, ESPERANZA Y MISERICORDIA FRENTE AL COVID – 19

P. /No. 0046 de 2020

Bogotá, abril 1 de 2020

La pandemia del COVID -19 nos está afectando a todos. Es una situación absolutamente excepcional e inédita, que convulsiona nuestra vida y genera gran dolor por tanto sufrimiento humano que nos hace reflexionar, interpelar y nos impulsa a discernir: ¿Cuál es el mensaje de Dios al corazón del hombre de lo que está sucediendo?

El Papa Francisco en su alocución del 27 de marzo pasado, antes de dar la bendición "urbi et orbi", implorando la protección de Dios para toda la humanidad, dijo que esta pandemia no es el momento del juicio de Dios, *"sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es"*, pues, este mal nos recuerda que somos vulnerables, requerimos de otras personas y no somos autosuficientes.

También el Santo Padre pone de manifiesto que nos hemos acostumbrado a las grandes desigualdades e injusticias, a estilos de vida marcados por el afán de poder y prestigio, así como al consumo insaciable de muchos bienes superfluos; todo esto a costa de los pobres, de la naturaleza, hiriendo la dignidad de la persona y de pueblos enteros condenándolos a vivir en situaciones menos humanas.

La pandemia nos hace tomar conciencia que *"no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo"*, advierte el papa Francisco. Si se sana el equilibrio convulsionado por la crisis ecológica entonces será posible una nueva armonía y la restauración de los ecosistemas, donde la naturaleza vuelve a la vida, el aire se vuelve más limpio, en las bahías reaparecen los delfines, en los puertos se vuelven a ver los peces y los pájaros vuelven a cantar.

La esperanza en medio de esta crisis es que esta pandemia es superable si todos y todas cooperamos responsablemente. De ella nadie se puede salvar solo. En medio de las experiencias de inseguridad y angustia, del miedo a la soledad y a estar quietos, este tiempo, también puede ser un momento de gracia para dejar que Dios toque y sane nuestras heridas, que nos transforme y renueve interiormente, para que vivamos con ojos, oídos y el corazón abierto a Dios, a nuestros hermanos y a la madre naturaleza.

El Sínodo para la Región Amazónica, promovido por el Papa Francisco, ha tratado de dar un vuelco (invertir, girar, – poner de cabeza) a nuestra perspectiva: de centralista a local, de globalizante a periférica, de monocultural estandarizante a singular, personal. Si no sabemos recomenzar desde esta nueva perspectiva, la ciencia curará los cuerpos pero no las mentes. Si no sabemos recomenzar desde lo marginal, será difícil repensar lo global que ahora se muestra dramáticamente amenazante.



En estas circunstancias, un verdadero amor al prójimo para salvar vidas y cuidar a las personas más vulnerables, es respetar las medidas vinculadas con el "aislamiento físico-social". Que estas restricciones no nos lleven a levantar muros y barreras en nuestros corazones; sino por el contrario, tal como nos enseña, el Papa Francisco en el rezo del Ángelus del pasado 29 de marzo, *"el Señor nos pide que quitemos las piedras de nuestros corazones, y la vida entonces volverá a florecer a nuestro alrededor. Cristo vive, y quien lo acoge y se adhiere a Él entra en contacto con la vida. Sin Cristo, o fuera de Cristo, no sólo no hay vida, sino que se vuelve a caer en la muerte"*.

En las condiciones actuales la Palabra de Dios y la oración son nuestra fuente principal de aliento y fuerza espiritual. Los invito a rezar los unos por los otros, por las personas enfermas con el COVID-19, por sus familias y todas las personas que los cuidan; oremos también por las numerosas personas en todo el mundo que han fallecido a causa del virus y por sus familiares en su dolor.

Prolonguemos el amor generoso, compasivo y misericordioso que Dios nos tiene, sobre todo hacia nuestros hermanos y hermanas que viven en condiciones de gran precariedad al no tener suficientes ingresos económicos para sus necesidades básicas. Discernamos cómo desde nuestras pastorales sociales, así como desde las Caritas diocesanas y nacionales podamos contribuir de manera eficaz a practicar la solidaridad con todos ellos, ayudándoles a sobrellevar esta situación tan difícil.

Que nos inspire y aliente el testimonio de tantas personas – médicos, enfermeras (os), personal de apoyo, fuerzas de seguridad, religiosas (os), sacerdotes y muchos más, quienes mayormente de modo anónimo, dan generosamente de sí mismos para cuidar la salud de los demás, entregando incluso la propia vida.

Con profunda gratitud podemos apreciar tantas muestras de solidaridad y humanidad, y percibir cómo a través de todas aquellas personas Dios está presente en medio de nosotros, acompañándonos y cuidando la vida de los más vulnerables.

En esta cuaresma y Pascua que nos toca vivir en tiempos de pandemia, pongamos nuestra esperanza en la Cruz de Jesús, por la que "hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor" (Papa Francisco).

Paz y Bien,

Mons. Miguel Cabrejos Vidarte, O.F.M.
Arzobispo de Trujillo, Perú
Presidente Conferencia Episcopal Peruana
Presidente del CELAM